



GRAFFITTI

¿EL OCASO OS PERTURBA? (Muro de Bellavista)

No sé si te has fijado en la última publicidad de la Pepsi. Si no la has visto, se trata de dos grupos de jóvenes que están enfrentados en un ambiente pre bélico y se puede percibir una terrible tensión. De pronto, de cada grupo se separa un joven y ambos caminan, con paso decidido y viril, hacia un punto neutral ubicado en la tierra de nadie que hay entre los bandos.

La tensión se vuelve insoportable pues, aparentemente, el conflicto es realmente grave. Finalmente, los dos jóvenes quedan frente a frente y se miran a los ojos. Uno de los jóvenes, el del lado izquierdo de la pantalla, es el Beto Cuevas de La Ley, indiscutido representante de la nueva generación chilena; el otro, es un rubio medio crespo con pinta de gringo y al que no conoce nadie pero -y eso es capaz de sentirlo hasta el más cretino- que detenta el verdadero poder.

Siguiendo un protocolo extremadamente riguroso, ambos líderes intercambian el objeto mágico que es el tema del comercial. El Beto le pasa una botella y el crespo le pasa una lata. Cuando los dos comienzan a beber, la tensión llega a su punto culminante y casi podríamos escuchar una especie de trueno sordo y subterráneo que es el latido de los corazones de las decenas de jóvenes que están participando en esa ceremonia crucial.

La cámara va sobre el crespo, quien se vuelve hacia los de su grupo y, con una expresión de júbilo extremo, grita: "¡It's the same!". Como los creativos del sptt presumen que no todos los chilenos hablan inglés, han subtitulado esta parte para que nadie se pierda la profundidad del asunto: "¡Es la misma!".

El Beto Cuevas se vuelve también hacia sus apóstoles y, para evitarse el subtitulaje, grita: "¡Yeah!".

Entonces, ambos grupos corren hacia la tierra de nadie, que ahora se ha convertido en la tierra de todos, y se funden en un abrazo que sella la amistad entre dos pueblos, al amparo del sabor inconfundible de la Pensi que, por primera vez en la historia de la humanidad, sabe igual en Santiago que en Nueva York.

Hay otro comercial que cuenta las desventuras de un guatón feo con pinta de concejal de la UCC, que va por un camino en un jeep medio rasca y que se queda en pana. Una voz en OFF le recomienda que cambie esa roña por un jeep nuevo. En la imagen siguiente, vemos al guatón, igual de feo, pero que ahora está feliz porque va en un jeep flamante y se dispone a fumar un habano. Se toquetea buscando con qué encenderlo -por lo que presumo que el jeep no trae encendedor-, pero cacha que no tiene fósforos. En ese momento, divisa en la berma un jeep igual al que él tenía antes y que está estacionado con el motor fundido y humeante. Se detiene junto al conductor y, con la mejor de sus sonrisas, le dice: "Diga...¿tiene fuego..?". Celebra, alborozado, su oportuna salida y se va, riéndose de la estupidez del otro tipo, que no ha tenido la magnífica ocurrencia de comprarse un jeep nuevo.

Lo peor del asunto, es que estos dos comerciales nos muestran tal como somos: subdesarrollados, chaqueteros y mala onda, muy distintos al jaguar que el ministro de Hacienda y su superior directo se empeñan en imponer como analogía de un país triunfador.

Cacho que esta columna salió hiper amarga, pero pasa que anoche dormí pésimo porque tuve mocha con mi pasión nefasta y amanecí chaquetero y mala onda.

Quiero, entonces, terminar con una reflexión positiva: las minas de los comerciales de Becker son exquisitas.

Lástima que no sean chilenas.

LENNON SI, LENIN NO (Muro de Berlín)

Fuera del Che Guevara, todos mis héroes han sido civiles.

Huckelberry Finn, el amigo de Tom Sawyer, fue el primero de ellos. Mientras Tom era el modelito tradicional (casita blanca, vida familiar armónica, buen alumno...), Huck era el transgresor, el que vivía al margen y que disfrutaba del maravilloso privilegio de la gente libre: podía ser arbitrario.

Huckelberry Finn, a diferencia de Tom y de su insoponible hermana chica, no asistía los domingos a misa y, mucho menos, a la escuela municipalizada. En cambio, se pasaba horas en el estero cercano pescando, nadando y, en sus días de suerte, espiando a las muchachas cuando tomaban su baño semanal en ropa interior. Fumaba, bebía, mentía, robaba, fingía... En dos palabras, Huckelberry Finn era voluptuosamente amoral.

Claro que Mark Twain previó que más de un tontito podría considerar a Huck como el verdadero héroe de su novela y dispuso para él un final desastroso: lo hizo adoptar por una viuda solitaria, religiosa y para nada alegre y así, de una plumada, convirtió al irreverente anarco de su libro en un tipo de bien, que ahora sí podía aspirar a convertirse en presidente de los E.E.U.U.

Y a propósito de presidente de los E.E.U.U., mi segundo héroe tuvo que ver con uno de ellos. Para ser más exacto, mató a uno de ellos. Era el tristemente célebre Lee Harry Oswald.

Con su cara de cabro chico malo y con un ojo en tinta, como si viniera saliendo de una pelea, se convirtió para mí en un símbolo de lo que podía hacer un perico solo cuando se lo proponía. Con el mismo gesto con que yo derribaba patitos de lata en un parque de entretenciones que estaba cerca de mi casa y que, una noche, me había permitido ganar un tarro de duraznos al jugo, él había conseguido acaparar las primeras planas de todos los diarios y noticieros de televisión del mundo. Influyó también el hecho de que al tal Kennedy nunca lo pude tragar. Mal que mal, fue él quien ordenó y financió

la invasión de los gusanos a Bahía Cochinos, el que casi armó una grossa partuza nuclear cuando desafió a los barcos de Krutchev en el Atlántico, el que envió los primeros asesores militares yanquis a Vietnam, el que llenó América Latina de espías rubios bajo la chapa de los Cuerpos de Paz y, como si todo eso fuera poco, el que se negó a acudir en ayuda de la Marilyn, la única mujer que he conseguido amar platónicamente.

Después, vino el ya mencionado Che Guevara. Claro que, en esa época, yo establecía una diferencia entre milicos buenos y milicos malos y, además, el Che usaba el pelo largo.

Hoy, mi héroe es el Chino Ríos.

Claro, porque el Chino no está ni ahí con la imagen que nos empeñamos en tener de nosotros mismos.

La otra noche, perdió jugando pésimo y, al final del partido, estaba enfermo de apestado y dijo que el dueño del tenis chileno era el tipo más chueco que había conocido y que mucha onda con la mafia. El aludido se sintió agraviado más por lo de mafioso que por lo de chueco y amenazó al Chino con vengarse vía Poder Judicial si éste no se retractaba. La excusa del Chino fue un poema a la resistencia civil: "... me he dado cuenta que dicha palabra (mafia) implica la participación de terceras personas a quienes no es mi ánimo involucrar".

O sea, le dijo que retiraba lo de mafioso porque lo encontraba demasiado rasca como para dirigir una familia como Don Corleone. Que, máximo, le daba apenas para gangster solitarios.

Es que en este país repleto de políticos bien educados (muchos de ellos con posgrados en Harvard) y sobreactuados que hablan de "faltar a la verdad", de "hacer cargos infundadamente", de "carecer de los suficientes elementos para emitir una opinión", de "utilizar políticamente un hecho", es gratificante que de repente aparezca un energúmeno con trencitas africanas que se sabe tan bueno en lo suyo, que ni siquiera se cuestiona respecto de lo potencialmente transgresor que hay en

en cada actitud suya y que, por lo tanto, no se siente obligado a andar cuidándose para que no se le caiga el compact.

Me gusta el Chino porque, al igual que Lennon, sólo cree en sí mismo y es tan subido por el chorro, que se dio el lujo de darle filo a la deliciosa Deborah Bailey y, sobre todo, porque me permite soñar que vivo en un país libre, joven, atrevido, sin demasiadas trancas y sin cura Hasbún.

LOS JOVENES HACEN EL AMOR, LOS VIEJOS HACEN GESTOS OBSCENOS
(Muro de Paris)

El otro día vi a unos brocas chicos jugando en la calle. Uno de ellos jugaba a que era presidente de la república y otro, a que era general director de carabineros. El primero (se llamaba Lalito) no le daba permiso al segundo (que se llamaba Rudy) para que fuera a jugar a la otra cuadra, en represalia porque él no había querido renunciar a su cargo cuando se lo había sugerido. Creí captar un sutil juego de manipulaciones que tenía como objetivo el determinar cual de los dos manejaba una cuota de poder más grande. Aparentemente, habían llegado a una situación de stand by, a un callejón sin salida y eso, a pesar de que el Lalito le decía que él, en tanto que presidente elegido democráticamente por la mayoría del grupo, tenía todo el derecho a exigir ser obedecido. A eso, el Rudy le había dicho: "Te creís tirrible' pulento logo, pero yo no estoy ni ahí con los giles vivanco que se quieren pasar de escurriños". Como es posible que no todos comprendan la forma de hablar del Rudy, lo que él, en el fondo, quería significarle, era que las reglas del juego eran ésas y que no haría más comentarios. Entretanto, otros pendex que jugaban a que eran parlamentarios, se agarraron a papes porque uno trató al otro de matón de cabaret y menos mal que había un chicoco que los separó, porque la mocha iba pa' grossa. Justo en ese momento, salió la mamá del Lalito y lo llamó para que se fuera a comer su colación y ahí, calabaza calabaza.

La escena me pareció enferma de divertida, porque me hizo pensar en qué pasaría si nuestras autoridades se comportaran como los brocas del juego.

Fue un pensamiento bastante fugaz, porque un proceder así sería inimaginable en aquellos funcionarios a quienes hemos confiado la delicada misión de gobernarnos. Ellos son incapaces de actuar tan irresponsablemente, tan arbitrariamente. A algunos de ellos, a los civiles, los elegimos porque consideramos que, de todos nosotros, eran los mejores, los más capacitados y los menos susceptibles de ser contagiados por el virus del po-

der. Con los uniformados, la cosa es un pelín diferente porque ellos se eligen a sí mismos, pero también les presumo las mejores intenciones para cumplir cabalmente con su deber. El problema que tengo con estos últimos, es que sus mejores intenciones suelen ser opuestas a las mías.

La cosa es que ellos, civiles y militares, como adultos que son, saben perfectamente que el mando que detentan no viene de Dios, sino de nosotros, los contribuyentes que pagamos sus sueldos y demás granjerías inherentes al cargo con nuestros impuestos y que, por lo tanto, están ahí para servirnos y para rendirnos cuenta de cada uno de sus actos.

Ellos jamás olvidan que los altos cargos que ocupan los obligan a ser los primeros en cumplir los deberes impuestos por la Constitución y las leyes y **no** se permitirían, por ejemplo, abstenerse de ir a votar aduciendo como pretexto que no pueden dejar de ir a jugar un partido de golf pactado con mucha anterioridad.

Es verdad que, excepcionalmente, algunos de ellos se distorsionan un poco en el ejercicio de sus funciones y se empiezan a creer el cuento de que su poder los pone por encima de toda sospecha y que les permite actuar con absoluta impunidad. Ahí, la cosa se pone grave, porque un mandatario ebrio de poder es más peligroso que uno con cortaplumas ~~que~~, incluso, puede llegar al extremo de hacer asesinar a todos los que se atreven a cuestionar su autoridad o, simplemente, a pensar distinto a él.

Afortunadamente, esas situaciones son sólo excepcionales, la normalidad se restablece rápidamente y los culpables de ese abuso de poder son juzgados por los tribunales y castigados con todo el rigor de la ley.

Pensé en eso mientras veía a los brocas yéndose a sus casas y sonreí enternecido por la dulce ingenuidad de que hacían gala al suponer que las verdaderas autoridades se comportaban como ellos en su juego.

Recordé también que cuando yo tenía nueve o diez años, mi padre -radical y masón y defensor a ultranza de todas las instituciones republicanas- me preguntó: "Y tú...¿qué vas a ser cuando seas grande?". Él esperaba una respuesta que le diera la tranquilidad de que el futuro de Chile estaba en buenas manos. Como yo no sabía que de mis palabras dependían cosas tan trascendentes, le dije: "Me gustaría ser minoritario".

Ahí mismo me fui de ala.

Es que mi padre no tenía la misma tolerancia que tengo yo con las fantasías y los juegos de los niños.

desiderio zrenas
—————→

FACSIMIL CARTA UNIVERSAL DE RESPUESTA

- | | | |
|----------------------------------------|--------------------------------------|------------------------------|
| <input type="checkbox"/> Estimado (a) | <input type="checkbox"/> Amorcito | <input type="checkbox"/> ; |
| <input type="checkbox"/> Detestado (a) | <input type="checkbox"/> Amigo (a) | <input type="checkbox"/> : |
| <input type="checkbox"/> Adorado (a) | <input type="checkbox"/> Enemigo (a) | <input type="checkbox"/> ... |

- He recibido
- No he recibido
- He perdido

tu

- amable
- aburrida
- excitada

carta en la cual, como de costumbre

- haces gala de una rara imbecilidad
- has cometido una increíble cantidad de faltas de ortografía
- has estado encantador (a)

Lamento no poder, en lo inmediato, satisfacer tu pedido porque

- estoy atravesando una crisis de personalidad
- mi cuenta bancaria está en -0
- sufro de una enfermedad venérea grave

lo que incidentalmente,

- me vuelve extremadamente grosero
- me provoca gigantescas e interminables erecciones
- me hace sentir muy cerca de ti

Quiero que sepas, eso sí, que apenas la situación se normalice

- te romperé la cara, ¡cabrón !
- dejaré de masturbarme
- me haré un deber el hacer todo lo posible por complacerte

porque -y tú lo sabes muy bien-

- tu culo es el objeto más suntuoso que he visto nunca
- pienso que tu cretinismo es irremediable e irreversible
- por plata soy capaz de cualquier cosa

Quiero agregar aún algo más:

- tu ausencia se me ha vuelto indispensable
- no te olvides de traer café
- la próxima vez, trata que tu escritura sea un poco más inteligible

Y eso sería todo

- Apasionadamente
- Aborrecidamente
- Cabalísticamente

- el (la) que te dije
- el (la) más abajo firmante
- anónimo

otras observaciones: